



VIII.

EN LA CASA DE LAS CARIÁTIDAS.

¿Qué había pasado con Elvira Resendis la noche precedente?—Hay que seguirla en el alquilón de bandera colorada en que se la llevó del hospital el Inspector Velázquez.—“Llévanos a la Diputación” había dicho Velázquez al cochero, designando el palacio del Gobierno del Distrito por su nombre tradicional.

Encapuchonada en su tápalo, Elvira se replegó al rincón derecho del asiento trasero, en tanto que el simón, dando los últimos tumbos en la fragosa calle de la Garrapata, desembocaba en la nuevamente pavimentada del Rastro, con dirección al Zócalo. Reinaba en el trayecto la animación propia de la hora que precede al cierre del tráfico. La ciudad de México suele agi-

tarse con vida intensa momentos antes de parecer nocturna necrópolis. Los pitazos de los tranvías de mulas gritaban el alerta a la muchedumbre pedestre. De las pulquerías y tiendas de corambre, de la plaza del Volador con su mercado de baratijas robadas (*thieves' market* según el yankee) se retiraban matones y rateros cruzándose con grupos devotos emergiendo de la iglesia "Porta-Coeli." En la esquina del Volador y Flamencos, el vehículo que llevaba á la discordante pareja se detuvo un poco ante una obstrucción que cesó con el desenganche de un carromato.

—"Aprisa!" ordenó Velázquez al cochero sacando medio cuerpo; "te detienes frente á la callejuela."

Elvira seguía silenciosa y esquiva, como inerustada en su rincón. En vano el Inspector trató de inspirarle confianza con una palmadita en el muslo. . . .

—Ole, pecadorcita, le dijo en tono zarzuelesco; ya se murió el confesor. . . . Ahora, a pecar! y añadió un reproche extraño.

El de bandera colorada se detuvo cortando la réplica de la joven. Sólo tuvo tiempo de interpelar:

—Pero ¿a dónde me lleva?

—Espere Ud. aquí; ya le diré.

—¿Qué he hecho? Yo no hice nada. Déjeme ir!

Velázquez bajó del coche rumiando algún plan. Por algo había querido que no parara a la puerta principal del palacio del Distrito, donde sería más notable la compañía de una mujer misteriosa que pedía irse a casa. Hizo una seña a un gendarme y le habló en secreto. El gendarme se plantó a la portezuela, mientras el Inspector se dirigió al "Distrito" por la puerta lateral sobre la callejuela.

Pasado un rato, vino un "paisano" y dió orden de marcha al auriga. Era un agente "de la secreta." Se sentó delante de ella, silencioso. Su cara de esbirro indio, reflejando maldad estúpida, aparecía de vez en cuando bajo un fieltro negro, sobre el cuello alzado de una chaqueta también negra que, al entreabrirse, dejaba ver en torno del cuello un paño encarnado.

El coche se fué por Mercaderes y 5 de Mayo, costó la Alameda por la Mariscalá, dió vuelta por San Diego hacia la Rinconada y se detuvo frente a "la casa de las cariátides."

Era la casa particular de Don Eduardo Velázquez, así llamada en honor de las medias mujeres y repisas de piedra que adornaban sus ventanas. Toda reluciente de sillería labrada, con

sus verjas, su jardincito central entre dos flancos salientes, esta casita de un solo piso, recién construida, era entonces la única elegancia de la "Rinconada de San Diego," calleja que se estrecha hacia el Poniente en callejón sin salida. Velázquez pensaba casarse, y en virtud del proverbio "quien se casa, casa quiere" acababa de fabricar *la de las caridades*, en un rincón de la Rinconada, con intencional coquetería de detalles. Aquel almohadillado rojo-gris de la silla; aquel jardincito frontal en que árboles y enredaderas simulaban guardia vegetal que tuviera por consigna el misterio; aquellas cuatro hembritas de piedra, quiméricas, sonrientes, un brazo á la corniza, al aire los túrgidos senos... todo hablaba allí de goces propuestos y soñados, menos el fondo formado por la iglesita de San Diego: en el centro el desnudo paredón de la nave clareado en lo alto por dos ventanas; encima, a la izquierda, el tenue campanario; a la derecha la cúpula del presbiterio, solemne y ventruda. Más hacia el frente, otra cupulita rematada por linternilla semejante a la de la primera, como su hermana menor, coronaba la *capilla*. A lo largo de la pequeña cúpula, corría una balaustrada de piedra al borde del muro

medianero que flanqueaba la casa por el Poniente.

Así, encajado en esta decoración eclesiástica—por la ley de los contrastes y la de los denuncios de *manos muertas*— el terreno de la finca, asiento conventual en otro tiempo, se cambiaba en nido de amor.

A él llegaba Elvira Resendis en compañía del "secreto." Abrió éste la verja, y con un ademán policiaco, medio cortés, medio imperioso, hizo entrar á la cuitada, la condujo hasta la escalinata, en lo alto de la cual la puerta vidriera se abrió al impulso de CÁNDIDO, antiguo caballero, después criado de confianza y mayordomo del Inspector.

Era que el teléfono había funcionado.... Rring! "¿Con quién hablo?... Sí, Don Eduardo!... ¿Una muchacha?... Está bien.... No la dejo salir.... Sí, merienda, un bocado.... Granulitos, bueno! Los del número 3, bueno!... Hasta luego."

Cándido Cuellar, que así habló con su amo por la bocina de Edison, tenía con él notable semejanza en las líneas y expresión de la cara afilada. Usaba como él la barba en punta; los vestidos del amo "le venían," aunque algo largos y mal llevados, porque su cuerpo enteco le cedía

en talla y donaire. Era un Don Eduardo reducido y deslustrado, algo como su hermanito pobre, parentesco aparente, confirmado por sus tratos familiares con el patrón. Pero Cándido decía que “no era nada de él” y no le reconocía otros vínculos que el de la gratitud “por haberlo sacado de bruja.”

No son raros estos viejos fámulos que acaban por tomar a sus señores algo del aspecto físico. Cándido había también tomado al suyo algunas manías, pues al quedarse solo con Elvira en el vestíbulo de la casa de las cariátides, empezó a tirarse de un mostacho retorciendo la punta.

—“Mientras le preparan una merienda, espere Ud. en la sala.”

Hizo girar la llave de la luz eléctrica y la sala de recepción se iluminó intensamente con los múltiples foquitos de dos arañas.

—“Siéntese Ud.” añadió Cándido, designando á la joven un silloncito tapizado de reps color de rosa; parecía hecho para que una mujercita esperara. Elvira obedeció maquinalmente. Quedó confusa en esta sala tan diferente de las sacristías que frecuentaba. Sus pies calzados de botitas raídas se recojieron bajo el sillón, como si temieran hundirse en la espesa alfombra de guirnaldas azul celeste sobre fondo bermellón.

Los colores chillones repitiéndose en muebles, papel tapiz, cortinajes, traicionaban las charras aficiones del propietario. Chillaban también las discordancias. A la derecha, un estrado femenino muy grave en que solo faltaba la futura entre visitas ceremoniosas; y en un ángulo del lado opuesto, residuos del soltero pugnando contra la vida monogámica, un ancho diván con su cojín forrados de felpa carmesí—lecho y almohada ó ocasionales. Encima de este mueble, dos cromos representaban en pareada forma el lúbrico tema de “los Faunos” de Rubens, cuyo original existe en el Museo de Madrid. En uno de ellos un fauno de barbilla y cuernecitos perseguía a una ninfa en traje de Eva; en el otro, la ninfa aprisionada se rendía, hecha arco, al abrazo amoroso del selvático Don Juan.

Un cortinaje de terciopelo, recojido *en portière* bajo un arco rebajado, separaba esta sala de la ancha puerta del gabinete,—dormitorio provisional del Inspector, cuya ventana se abría, entre cariátides, sobre la Rinconada. . . .

Situada como estaba, Elvira tenía que ver muy de cerca el diván-lecho y los cromos. Bajó la vista con expresión devota. Luego sus miradas, desviadas á la derecha, hacia el estrado, tropezaron con el retrato del Inspector Gene-

ral, busto fotográfico cuyo marco dorado culminaba, no sin pretensiones, en un águila azteca con serpiente y nopal. Fina y grave, la cara de Velázquez expresaba corrección oficial. Eso, para un ojo ordinario. Pero vayan ustedes a normalizar ojos de histérica! Los de Elvira vieron que la efigie sonreía picarescamente como el fauno, tenía la nariz en gancho de éste, su misma perilla de cabrito. Y la veía! No era el amor lo que brillaba en la visual del retrato; era el poder sombrío, ilimitado, que cierta clase atribuye á la policía. La joven se sintió asida por esa garra desde que “cayó” imprudente en la Comisaría de la calle de Zarco. Allí la tomó la camilla con sus torvos camilleros salpicados por las hemorragias, luego la cama del hospital de sangre con su frazada roja, después el coche de bandera colorada con “el hombre del paño encarnado.”

Todas estas sensaciones, desarrollándose por la gama del rojo, se relacionaban en su espíritu con el recuerdo del moribundo que fué a buscar en la Sección. ¿De qué se moría? Es cosa que ignoraba. Lo vió un instante, como en un relampagueo de lucidez, entre dos ataques. Y este recuerdo le venía en forma de una cara roja, labios turgentes despidiendo espuma roji-

za. Cerró los ojos por no ver el diván rojo, los cromos tentadores, el retrato que la espiaba; y siguió viendo rojo. Un infierno! Velázquez era el diablo perseguidor de “los dos”. Los perseguía como a la ninfa el fauno del cromo. . . . Ya él había caído. Le tocaba su turno. Se santiguó, rezó una “salve”, pensó en la confesión, esa válvula de escape, en las grandes tensiones, de las histéricas; y ya que no podía confesarse con “él”, murmuraba sus escrúpulos de conciencia como pecados mortales. “Lo han matado por mí, por mi culpa, por mi grandísima culpa.” Y hubiera caído de rodillas confesándose a voz en cuello ante un confesionario ideal, si Cándido no se hubiese presentado diciendo:

—“Ya está puesta la mesa, señorita; pase Ud.”

El comedor era una amplia sala con ventanas al jardincito frontal. La mesa de corredera, capaz para ocho personas, en los días ordinarios, tenía puesto su mantel manchado y zurrapien-to como el de simple casa de huéspedes. El Inspector, desordenado en sus comidas, llegaba a comer al azar, contando con mesa puesta permanente. Sus comensales favoritos pertenecían a la curia de Belén ó á la policía, iguales ambas clases en el arte de verter el tinto y rociar

las salsas de *chile*. En un asiento lateral se sentó Elvira, a la derecha de la cabecera, reservada al dueño del local.

—Aquí se sienta Don Eduardo; y allí, donde Ud., se deja para alguna persona principal o alguna muchacha bonita, acabó Cándido con galantería.

La jóven se removió en la silla y agitó distraída el consomé caliente. Venía contenta de escapar al retrato que la miraba, y se encontraba con la imagen de Velázquez en la cabecera, evocada por el sirviente. Se llevó la cuchara a la boca e hizo una muequecita de disgusto. Probó de nuevo y repitió la mueca.

—“Está amarguito. Póngale un poco de sal Es extracto Liebig; muy sustancioso!”

Dócil á las sugerencias de Cándido, la histérica echó la sal y paladeó otra cucharada del líquido, sin aversión. Por tales dietas había pasado desde su aventura de la Comisaría que su apetito abierto iba al alimento con impulsión animal.

—“Cervecita!”

Cándido sirvió cerveza de una botella ya abierta, cuyo corcho mal encajado dejaba escapar un filete de espuma.

La sensación amarga y el gesto displicente

se reprodujeron con menor intensidad. Pero ¿no es natural que la cerveza amargue?

¡Oh jóvenes sencillas, que os confesáis cada ocho días de pecadillos que os atraen consejos de pudibundería exquisita! Que no mostréis del pecho ni la raíz, del pie ni la punta. Que vuestros sentidos velen contra el demonio en acecho. Que no veáis, oláis, oigáis, ni toquéis, cosas que puedan contaminar vuestra alma, purificada en la estufa esterilizante de *la gracia*. ¿Y porqué no hablarles de los peligros del *gusto*, sentido en que concurren las maquinaciones de Satanás y cómplices? Así, Velázquez les distribuía polvitos, en comida ó bebida, según recónditos designios. ¿Las quería somnolentes?—Polvitos núm. 1; sulfonal, trional etc. ¿Las deseaba delirantes?—Polvitos núm. 2; haxix, mariguana. ¿Pretendía simplemente excitar el sistema neuro-genital?—Para ello poseía varios polvitos de números y efectos progresivos. A esta serie pertenecían los del núm. 3 que, por mandato señorial, puso Cándido en el consomé y la cerveza. ¿Entraban en su composición partículas de vulgar estriénina? Así parecía, porque Elvira sintió a poco movérsele interiormente

algo como manubrio que tendió sus nervios con la energía artificial, peculiar a ese alcaloide.

Extraña, sin tipo definido, la muchacha representaba toda especie de mezclas. Blanca mate, pasaba a blanca lactescente sin mucho arroz. Perezosa por temperamento y activa por necesidad, iba de un oficio a otro, al azar del marchante, tan pronto costurera como cigarrera y dactilógrafa. La máquina de escribir era su peldaño de plebeya para escalar la clase media, armada de corsé y sombrero para los domingos. Mestiza, fruto desprendido de la vasta familia pulcómana y destripadora de los Resendis, ramificada por todo el país, sus degeneraciones indias y españolas se expresaban en cierta lasitud somnolente que le hacía bostezar en medio de la brega. De allí a la deliquescencia poética que se despeña por la versificación activa ó pasiva. . . . la evolución era fatal. Sin embargo, su abandono de huérfana la había sometido desde pequeña a gentes de iglesia. Entre ellas había encontrado algo que convenía a su inercia: la abdicación periódica de su voluntad en la del confesor. Uno la había subyugado últimamente que influyó en sus desdenes al Inspector. Se acordaba. . . .

—Más cervecita! insistió Cándido escanciando. Se acordaba Elvira de su historia con Veláz-

quez. . . . Aquellas idas y venidas a pie y a caballo por la callejuela de su vivienda, desde antes que ascendiera a Inspector general. . . . Los recados apremiantes con la Celestina. . . . Que “le pondría casa,” que “hasta lo harían por la Iglesia,” aunque no por lo civil. . . . Ella lo despachó a que se entendiera con él, su confesor, que bajaba del pueblo cada ocho días a dar el pasto del alma a sus ovejitas de la capital: tres o cuatro hembritas penitentes. Luego las mañas del cura para *entretenerlo*, las exhortaciones a ella para evitarlo como al mismo Luzbel en persona. Y aquella tarde, ya oscura, en que Velázquez, recién nombrado Inspector general, la sorprendió al paso con su padrecito, cuando salían de la Santa Veracruz, tras media hora de sacristía. Se empeñó Don Eduardo en que su carretela de bandera azul los siguiese al paso, a lo largo de la acera de San Juan de Dios. ¡Y con qué mezcla de despecho y de ironía los iba mirando! ¡Qué siniestro sentido descubrió en las palabras que le volvían al oído! . . . aquellas con que Don Eduardo, al apearse del coche, abordó al protector: “oiga, padrecito, no me ande haciendo mala obra, porque le irá mal.”

Elvira abrió la boca; intentó uno de sus bostezos favoritos, a pesar de la rigidez mandibular

que experimentaba. No pudo consumarlo, y se llevó la mano de uno a otro masetero, como si tratara de aliviar una contracción dolorosa. Los polvos número 3 hacían su efecto; trasformaban la histérica flácida en histérica contractural, excitada, con deseos de morder y gritar. No era eso lo que buscaba Don Eduardo en su ignorancia de la acción variable de una droga, según el organismo receptor. Porque había visto a mujeres de casas de citas agitarse, con lascivos espasmos, tras de algunos bocks de cerveza salpicados de número 3, creía obtener fatalmente en Elvira efectos semejantes.

Oyóse ruido de puertas, salió Cándido á la sordina, resonaron pasos señoriales y Velázquez apareció en el comedor.

—*Jola*, chiquilla! fué el saludo azteca de Don Eduardo. Entre el *halloo* yankee y el *ole* español se ha descubierto en México un *hola*, cuya fuerte aspiración puede representarse por *j* en vez de *h*. . . Ocupó su asiento habitual en la cabecera. Guardó en el cráneo su sombrero de bola, en la mano el bastón, como si llegara a una mesa de cantina. Y se quedó mirándola, con la fijeza alerta del gato que ve al ratón asomado al agujero.

Elvira sostuvo, sin mucho turbarse, la mirada

viva que acababa de espantarla en el retrato. Despertaban en su neurosis los ímpetus reñidores de Jacobo Resendis, un abuelo agavófilo y cuchillero.

—“Cándido, trae el tequila!”

Al mandato del amo apareció el criado, sacó del aparador una botella del agávicó jugo jalisciense, dos copitas y bizcochos.

Sin dejar su expresión de mística escandalizada, Elvira bebió Tequila como si su abuelo le empujase el codo. Estas contradicciones de carácter, ya conocidas de Velázquez, le provocaron ganas de bromearla. . . . Condolencias porque su “aquel” ya no estaba allí para bendecirle el trago, alusiones a la intemperancia del muerto y sus *pitimas* patriarcales, como la del padre Noé. Ella se redujo a contorsiones que anunciaban un acceso.

—¡Sí que se las ponía! ¡Y vaya que se las ponía! exclamó el Inspector prorrumpiendo en ruidosa carcajada. Al “já, já, já,” de éste respondió otro de Elvira, seguido de extraña acusación en tercera persona:

—“Velázquez me lo mató!”

—¿Qué dice usted? interpeló Don Eduardo, muy voluble en usar alternativamente del “tú” o del “usted” en sus vocativos a las niñas, y con-

tinuó:—“Si no soy la borrachera. . . . Se la puso solo.”

Otra vez lanzó él su carcajada homérica y otra vez ella se desató en risa nerviosa, verdadera crisis hilarante que el Inspector no acertó a reconocer. Sus ojos brillaron con fuego diabólico; hizo ademán de abrazarla, y Elvira se desprendió escapando hacia la puerta de comunicación con la sala. Llegaron forcejando hasta cerca del diván rojo. Allí, la mirada atónita de Elvira tropezó con los cromos del fauno. Por una sustitución del yo, frecuente en las fantasías exaltadas, se identificó con la ninfa perseguida, y siempre debatiéndose y riendo, entró en pleno acceso. Desmelenada, su cabeza se echó hacia atrás. A la contracción de la nuca, siguió la de toda la musculatura posterior, y el cuerpo se arqueó sobre el diván, como el de la ninfa rendida. Los polvos número 3, al sobrepasar los deseos de Don Eduardo, le echaban en los brazos una criatura rígida, con la boca torcida y babeante. . . . Hubo de contentarse, ante aquel cuerpo agitado, con satisfacer curiosidades visuales.

Acudieron Cándido y otro personaje femenino: la cocinera Tomasa, que solo emigraba del brasero al salón en raras circunstancias.

—¿Traigo un médico? preguntó Cándido.

Con un gesto negativo rechazó el Inspector la presencia comprometedora de un galeno fortuito.

Conducida en peso al cuarto de criadas, se dispuso en su honor un catre de tijera al lado del petate de la Maritornes. Esta la desligó aligerándola de ropas y calzado.

—Vaya una aventura! exclamó Velázquez paseándose en la sala, contrariado.

Tan exagerada idea se había forjado de la omnipotencia policiaca, que le irritaba el hecho de que una débil mujercita se sustrajese a su voluntad soberana. ¿Qué hacer con ella?

A la risa sucedió el hipo; luego se produjo, en regurgitaciones, una saludable eliminación. Las contracturas se apaciguaron y un largo suspiro inició el sueño tranquilo. Eran las nueve de la noche.

En vez de una “conquista,” albergaba el Inspector a una enemiga acusadora. Asaltado por esta idea, se atusó el bigote, lo cual era señal de que algo malo se le esperaba a la dormida histerica.